

VIDAS DE LOS DOCE CÉSARES

PRIMEROS CAPÍTULOOS PROMOCIONALES

Cayo Suetonio Tranquilo

VIDAS DE LOS DOCE CÉSARES

Estudio preliminar:

JUAN-JOSÉ MARCOS GARCÍA



Selección
CLÁSICOS UNIVERSALES

© MESTAS EDICIONES, S.L.

Avda. de Guadalix, 103

28120 Algete, Madrid

Tel. 91 886 43 80

Fax: 91 886 47 19

E-mail: info@mestasediciones.com

www.mestasediciones.com

<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>

<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>

© Introducción, revisión del texto, maquetación e ilustración:

Juan José Marcos García juanjmarcos@gmail.com

Traducción: F. Norberto Castilla, año 1883

(pseudónimo de Francisco Navarro y Calvo)

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta bajo licencia Shutterstock

Autor: German Vizulis

Primera edición: *Marzo, 2020*

ISBN: 978-84-17782-86-3

Depósito legal: M-1852-2020

Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



ESTUDIO PRELIMINAR



EL AUTOR: CAYO SUETONIO TRANQUILO

No tenemos ninguna biografía de nuestro autor, siendo además escasas las referencias acerca de Suetonio, por lo que no nos es muy conocida su vida. Los datos biográficos que poseemos son escasos y están sacados de sus propias obras, a lo que hay que añadir varias cartas de Plinio el Joven escritas entre los años 97 y 112, así como una alusión de Elio Esparciano contenida en la *Vida de Adriano*, incluida dentro de la denominada *Historia Augusta*, obra de fecha de redacción muy discutida, que varía, según los estudiosos, entre el siglo III y finales del IV d.C.

Nos movemos, pues, más entre sombras que entre luces al hablar de Suetonio. Con todo, vamos a tratar de esbozar una breve biografía.

Referente a su fecha de nacimiento existen diversas hipótesis, oscilando entre el año 69 y el 77 de nuestra era. Tampoco sabemos su lugar de nacimiento, si bien probablemente fue Roma, donde su familia –aunque seguramente originaria del norte de África– llevaba largo tiempo asentada en la capital del imperio y poseía buenas relaciones con las altas esferas. Su padre pertenecía al orden ecuestre y, según nos cuenta el propio Suetonio (*Otón, X*), luchó como tribuno de la legión XIII Gémina en la batalla de Bedriaco. De su infancia y adolescencia nada sabemos, pero es de suponer que pasase por las etapas tradicionales de la formación romana.

El periodo mejor conocido de su vida –gracias a las cartas de Plinio el Joven– es el comprendido entre los años 97 y 112. Parece ser que a finales del siglo I ejerció como abogado, aunque por un escaso espacio de tiempo, pues su verdadero interés era el estudio y las letras, punto de confluencia con Plinio, lo que probablemente le granjeó su amistad y protección. Tras un fugaz paso por la vida militar comenzó su actividad como funcionario imperial. Así, durante el gobierno de Trajano, ocupó el cargo de secretario *a studiis* y de secretario *a bibliothecis*, pasando a desempeñar el importante cargo de secretario *ab epistulis* –encargado de despachar la correspondencia imperial– en el año 119, ya bajo Adriano y tras la muerte de Plinio, auspiciado ahora por Septicio Claro, comandante de la guardia pretoriana. En este cargo permanece hasta el año 122 en que fue cesado “por demasiada familiaridad con la emperatriz Sabina”, según afirma Esparciano (*Vida de Adriano*, 11, 3), si bien es más probable que su caída tuviera que ver con alguna intriga palaciega en su contra y la de su protector.

A partir de esa fecha se retiró de la vida pública y se dedicó al estudio y a la escritura, perteneciendo la mayoría de sus obras a esta última etapa de su vida.

De nuevo ignoramos el año de su fallecimiento, pero dada la meticulosidad con que componía y revisaba sus obras antes de publicarlas, hace pensar que alcanzara mediados del siglo II.



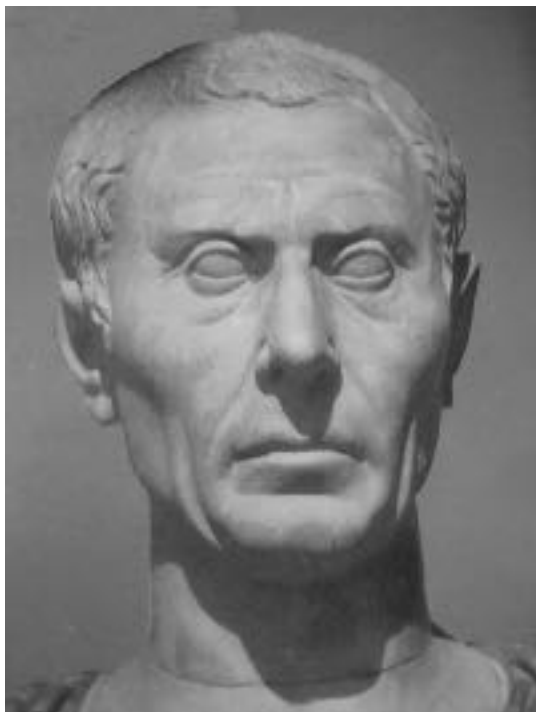


PRODUCCIÓN LITERARIA DE SUETONIO

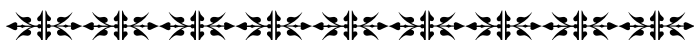
La producción literaria de Suetonio fue muy abundante, lo que ya de por sí prueba la fama de erudito de que gozó en la Antigüedad Tardía y durante la Alta Edad Media, aunque únicamente se conservan dos obras: la primera, las *Vidas de los doce Césares* (*Vitae Caesarum* o *De duodecim Caesarum vita*), una colección de biografías –objeto de la presente edición– dispuestas en orden cronológico desde César a Domiciano, y que nos ha llegado casi completa, y la segunda, *Sobre los hombres ilustres* (*De viris illustribus*), una serie de biografías sobre poetas, oradores, historiadores, filósofos, gramáticos y retóricos, de la que conservamos únicamente la parte referida a gramáticos y retóricos (*De grammaticis et rhetoribus*).

Además de estas obras tenemos conocimiento del título de otras muchas citadas en la enciclopedia bizantina de Suidas (Suida o Suda) del siglo X: *Sobre los juegos de los griegos*, *Sobre las palabras injuriosas*, *Sobre los signos de abreviación en los libros*, *Sobre “la República” de Cicerón*, *Sobre los espectáculos de los romanos*, *Sobre el año romano*, *Sobre los vestidos romanos* y *Sobre los usos y costumbres de los romanos*, todos ellos son estudios de no demasiada extensión. Conocemos también por diversas fuentes otras obras de Suetonio como *Sobre los cargos públicos*, *Sobre los reyes*, *Sobre asuntos varios*, *Sobre las cortesanas famosas*, *Sobre los defectos del cuerpo* y una enciclopedia sobre historia natural (*Prata*), muy conocida durante la Antigüedad Tardía y comienzos de la Edad Media. Además, se piensa que alguna de estas obras fue redactada en griego.

Esta vasta producción, que toca materias tan diversas, pone de manifiesto los múltiples intereses de Suetonio –literatura, historia, gramática, historia natural, etnología, etc.– y sus amplias lecturas, pero no parece que tuviese gran originalidad como investigador, sino que más bien se trataba de un recopilador y compilador que iba recogiendo notas de los numerosos libros que leía y que las ordenaba conforme a un plan prefijado bastante rígido y estereotipado.



Busto de Suetonio.



LA BIOGRAFÍA EN ROMA

En el cultivo de la biografía latina influyen dos tendencias biográficas: una proveniente de la tradición romana, que gustaba de recordar a los grandes hombres y sus hazañas a través de composiciones cantadas en los banquetes (*carmina convivalia*) o de discursos fúnebres en prosa (*laudationes funebres*) pronunciados para elogiar las virtudes del fallecido en un claro tono laudatorio. Esta tradición romana, por ejemplo, se percibe claramente en la biografía encomiástica que Tácito dedicó a su suegro (*Vida de Agrícola*).

La segunda tendencia proviene de Grecia y a su vez presenta dos corrientes: la peripatética, practicada bajo la influencia de Aristóteles —cuyo mejor exponente fue Teofrasto (con su obra *los Caracteres*)— y la científica, propugnada por los alejandrinos.

Los peripatéticos trataban de poner de manifiesto el carácter y manera de ser de los personajes biografiados sin describirlos, sino simplemente mostrándolos a fin de que sea el propio lector quien forme su propio juicio sobre ellos a partir de sus actuaciones. La exposición de los acontecimientos seguía un orden cronológico estricto. Los peripatéticos se interesaban en los aspectos morales y filosóficos e incluso anecdóticos. Esta corriente biográfica parece ser que fue empleada sobre todo para narrar vidas de generales, políticos y hombres de acción. Es la línea seguida por el griego Plutarco en sus *Vidas paralelas* y por el romano Cornelio Nepote en sus *Vidas de capitanes ilustres*.

La biografía alejandrina, por el contrario, describía el carácter de los personajes y, aunque la narración seguía también un orden cronológico, éste se interrumpía cuando el

protagonista había llegado a su apogeo, momento en que la exposición daba paso a una agrupación de hechos enmarcados en epígrafes temáticos (*per species*) que prescindía de la cronología para facilitar su comprensión. Tras esto se reanudaba la secuencia cronológica con el fallecimiento del personaje. Esta corriente biográfica era la seguida para narrar las vidas de poetas, escritores y filósofos, pero no de políticos o militares.

Suetonio se atiene a esta corriente al redactar sus vidas sobre gramáticos y rétores. En el caso de las *Vidas de los XII Césares*, Suetonio se aparta de la convención tradicional y, como innovación y a diferencia de Plutarco, aplica a las biografías de los emperadores el sistema reservado para hombres de letras. Ahora bien, los inconvenientes de ello es que se desarticula la personalidad de los emperadores, el hilo argumental se rompe y es casi imposible entender el proceso psicológico de los personajes.

BIOGRAFÍA E HISTORIA EN SUETONIO

Biografía e historia son dos géneros que no resultan fáciles de separar, ya que se necesitan mutuamente y tienen puntos en común. Así, por ejemplo, en los *Anales* de Tácito encontramos descripciones biográficas y en las *Vidas de los XII Césares* de Suetonio hallamos narraciones históricas. La diferencia entre ambas disciplinas no reside tanto en el tema cuanto en la forma de estructurarlo, de tratarlo y de dotarlo de estilo.

La estructura de la historia se basa en dos conceptos fundamentales: la cronología y la narración. En este sentido Tito Livio (*Ab Urbe condita*) y Tácito (*Annales*) narran los acontecimientos históricos año tras año, conforme a la tradición arcaica de los analistas romanos, mientras que la

biografía respeta la cronología, pero no es el calendario el que marca la pauta, sino el personaje biografiado, pivotando así los pasajes narrativos –propios de la historia– en función de la cronología biológica del protagonista. De esta manera, en las biografías de Suetonio el interés no se centra en los hechos históricos, sino en el personaje que los protagoniza. No es de extrañar, por tanto, que en Suetonio las campañas de César en la Galia ocupen apenas un párrafo, en tanto que dedica páginas enteras a describir la capacidad de liderazgo de César, a sus virtudes y a sus muchos defectos. El centro de atención es la persona y no la guerra o la política, de ahí que las anécdotas, las descripciones físicas de los personajes y hasta los chismes ocupen más espacio que los relatos de batallas, las reflexiones generales o los juicios morales.

El foco de un historiador como Tácito es, sin embargo, más amplio y, aunque los emperadores ocupan en éste una posición importante, no acaparan toda su atención como en Suetonio, sino que forman parte del conjunto. Tácito no escribe las vidas de los Césares, sino los hechos del pueblo romano, de ahí que nos lleve a los campos de batalla, a las deliberaciones del senado, a los confines del imperio y haga reflexiones y análisis sobre los acontecimientos y sus consecuencias. Tácito tiene bien presente la función de la historia como *magister vitae* y no pierde de vista la lección moral que cada momento histórico puede proporcionar. La historia gira en torno al estado y su problemática, tanto interna como externa, mientras que la biografía versa sobre la vida, personalidad y logros de una sola persona. Por ello la historia desecha materiales sospechosos, deja a un lado hechos sin importancia y no hace caso a rumores o habladurías, que sí tienen cabida en la biografía.

Además de estas diferencias, la historia diverge de la biografía en estilo. Para los romanos, –siguiendo los postulados de Cicerón– la historia no sólo tiene que

conformarse con exponer los hechos (*docere*), sino que tiene que intentar agradar (*delectare*) e incluso cautivar a los lectores u oyentes (*movere*) gracias al uso de la palabra. Para conseguir esto el historiador puede recurrir a adornar su narración y a embellecer su estilo. Esto, que a primera vista puede parecer contradictorio, no lo es tanto si tenemos presente que para los antiguos la historia era más bien una obra de arte que un tratado científico o de investigación.

En cambio, el biógrafo únicamente pretende ser claro, conciso y sin ornato, por lo que utiliza un estilo muy similar al científico empleado en obras médicas, jurídicas o técnicas, que se caracterizan por situarse a medio caballo entre lo elevado y lo vulgar. La biografía no trata de enseñar como la historia, sino de mostrar o informar, sin comprometerse —mostrándose a favor o en contra— sobre los datos expuestos de los personajes cuyas vidas se describen, de la misma forma que haría un científico.

INTENCIONALIDAD DE LA OBRA

De todo lo dicho anteriormente se deduce de forma clara que Suetonio pretendía recopilar la mayor cantidad posible de información sobre los Césares. La época en que vivió nuestro autor conoció el máximo esplendor del imperio romano, al frente del cual estaba el César o emperador de turno, que cada vez acaparaba más poder, por lo que es lógico que todos los círculos sociales sintieran interés y curiosidad por la figura de sus emperadores, estando deseosos de conocer no sólo sus actuaciones como gobernantes y caudillos de ejércitos —cosa que satisface la historia—, sino también los detalles de su vida privada, sus costumbres, sus vicios y virtudes, sus debilidades, su forma de vestir, etc. —aspectos que cubre la biografía—.

Por otra parte, no ha de olvidarse la finalidad lúdica o de entretenimiento que implicaba leer las vidas de los emperadores, que presentaban una sucesión de conductas desarrolladas tanto en el ámbito público (administración de justicia, celebración de espectáculos, construcción de monumentos, caudillaje militar, etc.) como en el ámbito privado (supersticiones, temores, prácticas sexuales, gustos alimenticios, aspecto físico y vestimenta, etc.).

La pretensión de Suetonio no era, por tanto, escribir una historia propiamente dicha al modo de Tácito, sino simplemente presentar un retrato de los emperadores para saciar el interés y curiosidad que sus figuras suscitaban en la sociedad romana de la época. De ahí que el escritor despliegue ante el lector gran multitud de anécdotas, hechos intrascendentes y preste oído a rumores y habladurías. Los límites de Suetonio eran más estrechos que los de un historiador como Tácito, pues únicamente intentaba ilustrar sobre el carácter de los emperadores biografiados, ya que los lectores conocían sobradamente los hechos narrados en los anales históricos, con lo que el material biográfico, que ahondaba en detalles y minucias, era un modesto complemento, más personalizado, a lo que la historia ya había dado a conocer a todos.

FUENTES DOCUMENTALES

Poco sabemos con certeza acerca de las fuentes que utilizó Suetonio para redactar las *Vidas de los XII Césares*. Es evidente que para recopilar tal cantidad de datos como aporta, debió consultar numerosas fuentes: obras históricas, documentos públicos y privados, cartas, memorias, testamentos, colecciones de hechos prodigiosos, panfletos e incluso rumores.

Ahora bien, hay que establecer una clara diferenciación entre las dos primeras biografías dedicadas a Julio César y Augusto –mucho más amplias y cuidadas– y las restantes (de Tiberio a Domiciano). En estas últimas Suetonio parece fiel al sistema tradicional por el que se sigue una fuente principal y la complementa con aportaciones puntuales extraídas de otros lugares, pero sin realizar una verdadera investigación, admitiéndose de forma generalizada que no realizó indagaciones propias ni consultó amplia bibliografía, ni menos aún examinó archivos públicos o privados.

Muy diferente parece ser la forma de componer las vidas de Julio César y Augusto –aunque hay quien discrepa al respecto–, pues el propio Suetonio menciona nada menos que a 13 autores en la vida de César y a 10 en la de Augusto, cuyas obras lamentablemente se han perdido. Pero no se limitó solo a consultar esta amplia bibliografía, sino que también hizo uso de correspondencia privada, documentos oficiales, actas del senado, testamentos, etc.; material a mucho del cual tenía acceso debido a su condición de alto funcionario. Además recabó información de documentos genealógicos, inscripciones, memorias e incluso *graffiti*. A ello habría que añadir las fuentes orales y los “rumores”.

VALOR HISTÓRICO

Una cuestión importante es saber el valor histórico que se le debe conceder a la obra de Suetonio. Un planteamiento simple sería el de considerar a nuestro autor como un simple recopilador de anécdotas que actúa como un filólogo erudito en busca de detalles, curiosidades, chismes y hechos intrascendentes. Es cierto que el esquema rígido que aplica a sus biografías es el motivo de múltiples repeticiones innecesarias y de inconcebibles omisiones. Le falta a

Suetonio una auténtica visión histórica que hace que hechos de gran alcance sean despachados en pocas líneas, mientras que asuntos intrascendentes llenen páginas enteras. Pese a estos defectos, se observa en el autor una sinceridad en su exposición y, aunque en ocasiones lo que transmite no sea cierto, no lo hace de forma intencionada; no trata pues de engañar conscientemente al lector. Su gusto por dar el mayor número de detalles y datos, haciéndolo además en un estilo sin grandes artificios, y exponiendo los hechos sin entrar en valoraciones (casi de forma aséptica), a lo que se añade un culto a los documentos y archivos, acerca a Suetonio a la manera de trabajar de un historiador actual. Evidentemente mucho separa el método de investigación de hoy en día del de la antigüedad, pero puede decirse que Suetonio es en cierto modo, a pesar de las limitaciones señaladas y hechas las salvedades oportunas, un precursor de la historiografía moderna. De hecho, al trazar la semblanza de los emperadores, Suetonio proporciona mucha información sobre costumbres, instituciones y vida cotidiana en Roma, que son de gran utilidad para los historiadores actuales, pues aportan datos –muchos de ellos de primera mano– de gran interés para conocer el cuadro social del siglo I d.C.

Esto no nos tiene que inducir a pensar que todo lo que leemos en las *Vidas de los XII Césares* sea cierto, pues de ordinario no menciona cuáles son sus fuentes y desconocemos además si éstas son fiables y de buena calidad, ni tampoco disponemos de esos textos para poder realizar un cotejo, por lo que hemos de fiarnos de su imparcialidad.

Por otra parte no establece diferencias entre lo esencial y lo secundario, situando todos los acontecimientos en el mismo plano, mezclando lo accesorio con lo fundamental, agravado además porque la exposición de hechos de importancia se encuentra muy abreviada, olvidando

circunstancias esenciales y omitiendo datos relevantes, sin dar entrada –como sí hace su contemporáneo Plutarco en las *Vidas paralelas*– a personajes secundarios que ayudarían a entender ciertos asuntos complejos.

A esto hay que añadir la falta de precisión en su cronología, ya que los únicos hechos fechados con exactitud son el nacimiento, la llegada al poder y la muerte de los emperadores. El orden de sucesión acontecimental del resto de hechos va expresada por especificaciones cronológicas muy vagas e imprecisas, marcadas por adverbios como “más tarde”, “luego” y expresiones similares.

Pese a todas las objeciones y limitaciones expresadas en las líneas anteriores, todo aquel estudioso que quiera ahondar en el conocimiento de los primeros emperadores romanos deberá leer detenidamente la obra de Suetonio. *Las vidas de los XII Césares* son biografías en su aspecto formal, pero sin lugar a dudas históricas en su contenido, por lo que representan una fuente histórica que no debe descuidarse, eso sí, con la debida precaución, sabiendo seleccionar y confrontado los datos –allí donde es posible– con los ofrecidos por Tácito, Dión Casio y Plutarco.





LENGUA Y ESTILO

En la época en que escribió Suetonio la literatura latina estaba dominada por la corriente arcaizante —encabezada por Frontón, al que siguieron Aulo Gelio y Apuleyo— que es un complemento del aticismo de la Segunda Sofística, uno de cuyos máximos exponentes es Plutarco. Las principales características de esta corriente arcaizante son la aparición de arcaísmos —se vuelve la vista al pasado hacia autores como Catón, Ennio, Claudio Cuadrigario, etc.—, retoricismo, preciosismo, helenismo y todos aquellos recursos y adornos que den mayor expresividad al lenguaje. Figuras y ornatos son utilizados con profusión. Ciertamente Suetonio siente una atracción por lo antiguo y curioso, además de hacer gala de un profundo conocimiento de la lengua y literatura griegas, que lo colocan en el ambiente filohelénico de su época, pero creo que no es suficiente para encuadrarlo en este movimiento arcaizante, sobre todo si se tiene en cuenta que su estilo sencillo y claro dista mucho de la ampulosidad y afectación de sus contemporáneos. Esto no quiere decir que no aparezcan arcaísmos y figuras en su narrativa —es difícil sustraerse a las modas dominantes en cada época—, pero siempre son usadas con moderación. Sus referentes son Cicerón y Quintiliano. Su estilo se sitúa pues en una línea que se podría calificar como sobria y mesurada. Esto le hace perder brillo y colorido, siendo en cierto aspecto frío y seco. Además tiene mucha tendencia a construir frases siguiendo esquemas estereotipados, lo que provoca monotonía en el estilo. Con todo, las cualidades de su prosa (claridad, precisión y brevedad) fueron muy apreciadas ya incluso en la antigüedad, así, Flavio Vopisco, uno de los escritores de la denominada *Historia Augusta*, alaba el estilo de Suetonio en los siguientes términos: “*Suetonius Tranquillus, emendatissimus et candidissimus scriptor ... cui familiare*

fuit amare brevitatem” (*Historia Augusta* XXX, 1). De hecho, tanto fue el éxito de las *Vidas de los XII Césares* que durante casi tres siglos (hasta que a finales del siglo IV aparece la obra histórica de Amiano Marcelino) no se volvió a escribir en Roma historias analísticas a la manera de Tácito, sino únicamente biografías siguiendo el modelo de Suetonio.

VIDAS DE LOS DOCE CÉSARES

La obra biográfica de Suetonio sobre los doce primeros césares es la única del autor que nos ha llegado casi completa. El texto que conservamos comienza abruptamente con César a la edad de 16 años, por lo que se ha perdido el comienzo de la obra que contendría el título, la dedicatoria, probablemente un cuadro genealógico de Augusto y su familia, y la narración del nacimiento, infancia y adolescencia de Julio César. Seguramente la pérdida se debe a que se desprendiera del libro el primer cuadernillo (cuaternión, 16 páginas), hecho que fue posterior al siglo VI, pues en esa época el historiador bizantino Juan Lido todavía pudo leerlo, ya que nos transmite la noticia (*De magistratibus Reipublicae Romanae* II, 6) de que estaba dedicado a su protector Septicio Claro, prefecto del pretorio bajo Adriano. Desconocemos pues el título exacto de la obra; los manuscritos conservados nos muestran conjeturas de los copistas que ofrecen variantes como *Vitae Caesarum*, *De XII Caesaribus*, *De vita XII Caesarum* o *De vita et moribus XII Caesarum*, aunque lo más probable es que el título completo fuera *De vita duodecim Caesarum libri VIII*.

En esos ocho libros, de extensión muy variable, se recogen las biografías de doce emperadores, comenzando por Julio César, pasando por los miembros de la dinastía

Julio-Claudia, continuando con los tres efímeros emperadores del año 68-69, para concluir con los tres integrantes de la dinastía Flavia (69-96).

La distribución por libros es la siguiente: I-Julio César, II-Augusto, III-Tiberio, IV-Calígula, V-Claudio, VI-Nerón, VII-Galba, Otón y Vitelio, VIII-Vespasiano, Tito y Domiciano.

Aunque hay algunas variaciones, las biografías siguen por lo general un esquema común: antecedentes y orígenes, nacimiento, prodigios, anécdotas, carrera política, hazañas, carácter, aspecto físico y fallecimiento. Toda la narración gira en torno a los emperadores y los acontecimientos son presentados siempre desde el punto de vista personal de éstos. Jefes militares, altos funcionarios, favoritos y otros personajes están en un segundo plano y son meras comparsas, ya que el único protagonista es el emperador. De éste se aportan todos los datos posibles, incluyendo los más intrascendentes, desnudándose su intimidad con sus virtudes y sus vicios, pero sin que el autor reflexione ni exprese condena o aprobación con respecto a sus conductas. Suetonio se propone dar a conocer los acontecimientos de su vida, los rasgos específicos de su carácter, las costumbres, sus virtudes, sus vicios y sus crímenes de la manera más imparcial posible y sin dar juicios de valor, cosa que deja para los lectores. Los detalles sobre la vida cotidiana que aporta representan una estampa que nos ayuda extraordinariamente a formarnos una idea muy precisa de cómo era el modo de vida en Roma en el siglo I d.C.

Tampoco sabemos la fecha precisa de publicación de estas biografías, pero al estar dedicadas a Septicio Claro, que ocupó el cargo de prefecto del pretorio entre los años 119-122, es muy probable que vieran la luz el 120 ó 121, antes de ser expulsado de la corte imperial.

Finalmente, se discute sobre si Suetonio publicó todas las biografías a la vez o bien fueron dadas a conocer de forma individual o en bloques de varios libros. No poseemos ningún dato que nos aclare esta cuestión, pero es razonable pensar que vieran la luz al mismo tiempo, seguramente por la presión de entregar el material a Septicio Claro, que deseaba leerlo, y Suetonio quisiera complacerlo, lo que puede explicar además que las últimas biografías sean de menor extensión y menos cuidadas que las primeras. Si hubieran sido publicadas de forma individual no habría motivo alguno para que el autor no le hubiera dedicado a las últimas la misma esmerada atención y dotado de una extensión similar a las primeras. Hay por último algún estudioso que opina que las últimas seis biografías son un añadido a las primeras.

PERVIVENCIA E INFLUENCIA DE LA OBRA

Aunque Tácito –contemporáneo de Suetonio– puede que a la larga haya adquirido una reputación más alta, a corto plazo fue Suetonio quien resultó ser más influyente. De hecho, después de Tácito y durante más de doscientos años, no encontramos más historiadores serios que escriban en latín hasta que aparece la figura solitaria de Amiano Marcelino a fines del siglo IV d.C. La historiografía de tipo tradicional fue desplazada por la biografía imperial, para la cual Suetonio proporcionó el modelo a seguir. A principios del siglo III d.C., al mismo tiempo que el escritor griego Dión Casio estaba trabajando en su magna historia de Roma, un hombre llamado Mario Máximo produjo lo que en realidad fue una secuela de la obra de Suetonio: *De Caesaribus* o *Caesares*, las vidas de doce Césares más, desde el inmediato sucesor de Domiciano, Nerva (96-98

d.C.) hasta Marco Aurelio Antonino, más conocido como Heliogábalo (218-222 d.C.). Este trabajo en sí no ha sobrevivido, pero las referencias que poseemos de él sugieren que Mario Máximo siguió bastante de cerca el modelo suetoniano: en el uso de la misma disposición, la cita de documentos y, por supuesto, la inclusión de detalles personales chismosos. Amiano Marcelino tuvo una actitud despectiva hacia Mario Máximo y los que leían su trabajo: los nobles degenerados de su época, quejándose (28. 4. 14) en estos términos: "Odan el aprendizaje como si fuese veneno, y únicamente se molestan en leer a Juvenal y Mario Máximo" –dos escritores a los que él vincula, debemos suponer, debido a su propensión a lo escabroso y sensacionalista. Sin embargo, uno de los contemporáneos de Amiano, al parecer, tuvo una opinión más tolerante. Este fue el autor desconocido de la curiosa obra conocida como la *Historia Augusta*, una colección de biografías imperiales que se extiende desde Adriano hasta Carino y Numeriano (esto es desde 117–284). Si bien las biografías individuales se presentan como los productos de varios escritores que trabajaron a fines del siglo III y principios del siglo IV, la colección en su conjunto se considera ahora la obra de un solo autor activo a fines del siglo IV. Sin embargo, su propósito de preparar este trabajo ha sido muy debatido, y algunos estudiosos sugieren que fue poco más que una broma literaria elaborada. Al igual que Suetonio y Mario Máximo, el autor incluyó escándalos y chismes, y, como ellos, a menudo citaba generosamente documentos; a diferencia de Suetonio, sin embargo, parece haber inventado los documentos que cita. También, a diferencia de Suetonio, organizó el material en sus biografías cronológicamente, con un uso ocasional e inconsistente de una disposición "*per species*". No obstante se presentó a sí mismo trabajando dentro de la tradición suetoniana. "En cuanto a mí" –dice,

escribiendo bajo el nombre de Flavio Vopisco— “ha sido mi propósito al tratar de la vida y los tiempos de los emperadores no imitar a personas como Salustio, Livio, Tácito, Trogo y otros escritores tan elocuentes, sino a Mario Máximo, Suetonio Tranquilo ... y el resto, que han transmitido a la historia este tipo de material no tanto con elocuencia como con honestidad” (*Historia Augusta, Probo* 2.7).

Los epitomistas del siglo IV como Eutropio y Aurelio Víctor le deben no poco a Suetonio, especialmente cuando hablan en sus obras de los emperadores.

Al mismo tiempo, algunos estudiosos continuaron apreciando los logros de Suetonio desde un punto de vista más académico. Así, San Jerónimo buceó en *De viris illustribus* para incluir datos en su *Crónica*, una línea de tiempo de eventos desde la creación del mundo hasta su propia época; es precisamente de la *Crónica* de donde obtenemos la mayor parte de nuestra información sobre las partes perdidas del trabajo de Suetonio. Jerónimo también lo tomó como modelo para su propio tratado *Varones ilustres*. En el prefacio dice que su amigo Dexter lo había instado a "seguir a Tranquilo" y a hacer por los hombres de letras cristianos lo que el escritor romano había hecho por los paganos.

Sin embargo, no fue mucho después de esto que las obras de Suetonio, junto con las de muchos otros autores clásicos griegos y romanos, comenzaron a decaer; así, el último escritor occidental que hace citas de ellos es Isidoro de Sevilla, a principios del siglo VII.

El único manuscrito disponible en la época de Carlomagno había perdido ya sus primeras páginas, que contenían el prefacio y el comienzo de la vida de Julio César. Aunque ese manuscrito no ha sobrevivido, fue la fuente de todas las copias posteriores, que en consecuencia

también carecen de las primeras secciones de la obra. El manuscrito existente más antiguo data de principios del siglo IX, una época en que las *Vidas de los XII Césares* disfrutaban de una cierta moda. La prueba más evidente de esto es la *Vida de Carlomagno* de Einhardo, que está claramente inspirada en la vida de Augusto de Suetonio.

Después del período carolingio, las biografías de Suetonio fueron leídas, pero con menos intensidad e influencia que en los siglos pasados, si bien los *excerpta* de la obra difundieron el conocimiento del autor latino durante los siglos XII y XIII. Pero con la llegada del humanismo, el interés en Suetonio aumentó exponencialmente. Las *Vidas de los XII Césares* fue uno de los libros favoritos de Petrarca, que llegó a poseer tres copias, mientras que su joven contemporáneo Boccaccio realizó extensos extractos por su propia mano. También Maquiavelo tuvo a Suetonio entre sus lecturas favoritas. Otros ilustres hombres del Renacimiento como Salutati, Poggio, Niccoli y Polizziano poseyeron manuscritos con las *Vidas*. En el siglo XV, poseer una copia de Suetonio había llegado a ser considerado como un componente esencial de la biblioteca de cualquier hombre culto, hasta el punto de que han sobrevivido más de 100 manuscritos de este período.

Para entonces, la popularidad de las *Vidas de los XII Césares* había comenzado a extenderse más allá de los círculos de aquellos que podían leer el original en latín. La primera traducción a un idioma vernáculo es una versión francesa que data de 1381, y la primera traducción al inglés apareció en 1606, obra del gran traductor isabelino Philemon Holland.

Erasmo de Róterdam, quien realizó una edición de Suetonio en 1518, también se inspiró en esta obra para componer su *Institutio Principis Christiani*. Juan Luis Vives

igualmente se interesó por el autor e incluso escribió un tratado sobre él titulado *In Suetonium quaedam* en 1522.

El siglo XIX, especialmente en su parte final, no fue precisamente favorable a nuestro autor, cuya prosa fue considerada como el comienzo del barbarismo.

En el siglo XX, la persona más responsable del interés continuo en Suetonio fue el poeta y novelista inglés Robert Graves, cuyas novelas más vendidas *Yo, Claudio* (1934) y *Claudio el Dios y su esposa Mesalina* (1935) se inspiraron ampliamente en las *Vidas de los XII Césares*. Unos veinte años más tarde, cuando Graves se acercaba al apogeo de su carrera, regresó a Suetonio, realizando una traducción de la obra, publicada por primera vez por Penguin Classics en 1957, que se ha convertido, con mucho, en la traducción al inglés más familiar y más ampliamente disponible. Por último, la obra de teatro *Calígula* (1945) de Albert Camus presenta ecos de Suetonio.





LA TRANSMISIÓN MANUSCRITA

Conservamos aproximadamente unos 200 manuscritos de las *Vidas de los XII Césares* de Suetonio, pero parece ser que al siglo IX d.C. únicamente llegó un ejemplar, hoy perdido, que se encontraba en el monasterio de Fulda en Alemania. De este ejemplar derivan directa o indirectamente todos los manuscritos que han alcanzado nuestra época. Dicho manuscrito ya no poseía el prólogo de la obra con la dedicatoria a Septicio Claro, ni el relato de los 16 primeros años de la vida de Julio César. La pérdida de la parte inicial (el primer cuaternión, 16 páginas) se produjo en algún momento entre el siglo VI (cuando el historiador bizantino Juan Lido todavía pudo leerlo, según ya hemos señalado antes) y el siglo IX, periodo al que pertenece el manuscrito preservado más antiguo.

Del manuscrito del monasterio de Fulda tenemos noticia gracias a una carta de Servato Lupo, abad de Ferreirès en Francia, escrita en el 844 en la que solicita su cesión pues deseaba leer la obra. Por ella sabemos que el texto estaba escrito con letra capital rústica (hay quien opina que en uncial) y dispuesto en dos volúmenes. Servato Lupo no logró la cesión del libro, pero le fue remitida una copia en letra minúscula. Esta copia es el origen de otras muchas realizadas en los siglos posteriores y que contribuyeron a la difusión del texto por Francia y otros países. Tampoco conservamos esa primera copia directa, pero sí un ejemplar, réplica de ella, realizada en San Martín de Tours, que está etiquetado como *Parisinus Latinus 6115*, pero es más conocido como *Memmianus* (M) por su poseedor en el siglo XVI, Henri de Mesmes. Aunque M presenta algunas

lagunas, errores y tiene correcciones de un lector renacentista, está libre de muchas corrupciones presentes en otros manuscritos posteriores, siendo la mejor fuente para establecer el texto de Suetonio. No parece que deriven de él ninguno de los manuscritos que conservamos.

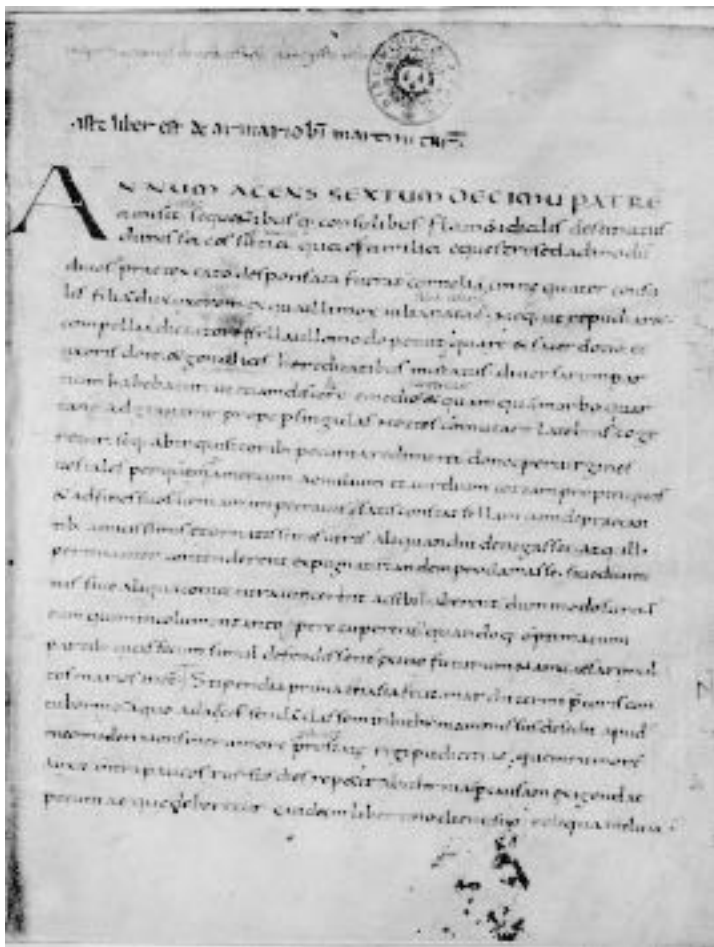
El siguiente en antigüedad es el *Guadianus* 268 (G), del siglo XI, proveniente de la biblioteca ducal de Wolffenbüttel. Está relacionado con M por descender de un ejemplar común, pero es inferior a él por negligencia del copista, por interpolaciones y por correcciones poco afortunadas.

Al siglo XI también pertenece otro manuscrito digno de crédito: el *Vaticanus Latinus* 1904, que lamentablemente interrumpe su texto en *Calígula III*.

El resto de manuscritos conservados se agrupan en dos clases, conocidas como familia Z y X respectivamente, de calidad muy inferior a los analizados anteriormente. Entre ellos destacan el *Laurentianus* 68.7 del siglo XII y el *Parisinus Latinus* 5801 del siglo XII.

Aparte de todos estos manuscritos que contienen la obra entera, también poseemos dos colecciones o antologías de fragmentos (*excerpta*) que son útiles para fijar el texto. La más antigua (H) fue realizada en el siglo IX (entre 871-876) por un discípulo de Servato Lupo llamado Heiric de Auxerre, basándose en la copia enviada desde Fulda a su maestro. La otra (N) es más amplia, pero más tardía, pues es del siglo XIII y sigue un manuscrito de la familia Z, por lo que tiene poco valor.





Parisinus Latinus 6115, Memmianus. Siglo IX d.C.



MS 118. Siglo XV, alrededor de 1470.



EDICIONES Y TRADUCCIONES

La edición príncipe de Suetonio fue publicada en Roma en julio de 1470, seguida de otra en diciembre de ese mismo año. A estas siguieron en los años y siglos siguientes multitud de ediciones, algunas a cargo de los más destacados estudiosos de su época como Erasmo de Róterdam (1518), Robert Estienne (1543), Isaac Casaubon (1595 y 1610). Gronovius (1698), Burman (1736), Ernesti (1748 y 1775), Wolf (1802) y Baumgartem-Crusius (1816-1818), lo que pone de manifiesto el gran interés que suscitaba Suetonio.

Ahora bien, ninguna de esas ediciones era propiamente crítica, pues se limitaban a seguir el texto de un manuscrito, que trataban de enmendar y acompañaban de comentarios.

El primer intento serio de hacer una edición crítica fue el realizado por el humanista inglés Richard Bentley, pero falleció antes de ver culminado su trabajo, sin bien sus anotaciones, guardadas en el Museo Británico, fueron de ayuda para estudiosos posteriores.

Hubo pues que esperar hasta 1858, año en el que C. L. Roth publicó en Leipzig una auténtica edición crítica. Su texto fue el estándar hasta comienzos del siglo XX en que aparecieron las ediciones de Preud'homme (Groninga, 1906) y la de Ihm para la casa Teubner (Leipzig, 1907 y 1908), que continúa siendo incluso actualmente una de las mejores.

En tiempo más recientes están la de Rolfe para la biblioteca Loeb (1913, con múltiples reimpresiones), la de Ailloud para la colección Budé (1931-1932), la de Vitali (Bolonia, 1958), la de Bassols de Climent para Alma Mater CSIC (Barcelona, 1964-1970, con múltiples reimpresiones),

la de Icart para la colección Bernat-Metge (Barcelona 1966-1971), y la de Grimal (París, 1973).

Las traducciones a idiomas modernos son muy numerosas. Tanto la edición de Rolfe como la de Ailloud contienen una traducción al inglés y al francés, respectivamente.

En español contamos con varias traducciones, casi todas ellas de gran calidad. La más antigua es debida a Jaime Bartholomé (Tarragona, 1596), que presenta contrastes. Ya al siglo XIX (Biblioteca Clásica Hernando, Madrid, 1883, con varias reimpresiones posteriores), pertenece la realizada por Francisco Navarro y Calvo, que aparece bajo el pseudónimo de F. Norberto Castilla. Esta traducción aparece reproducida en numerosas editoriales y es la que aquí presentamos, después de haberla sometido a una profunda revisión y modernización.

En el siglo XX tenemos la versión de Mariano Bassols de Climent aparecida en la edición bilingüe publicada por Alma Mater CSIC en 4 volúmenes que salieron de las prensas entre 1964-1970, repetidamente reimpresa, la última vez, que yo sepa, en 2007. En la editorial Juventud de Barcelona fue publicada en 1978 (reimpresión varias veces) la traducción de Vicente López Soto. La editorial Gredos en los volúmenes 167 y 168 de su Biblioteca Clásica lanza en 1992 una traducción de las Vidas de los doce Césares realizada por Rosa M.^a Agudo Cubas con amplia introducción a cargo de Antonio Ramírez de Verger. Esta misma traducción, pero ahora con introducción de Vicente Picón es reproducida en el volumen 134 de la colección Letras Universales de la editorial Cátedra en 1998 (última reimpresión en 2006. Mismo texto e introducción en Homo Legens, Madrid, 2006 (por cierto con error en el nombre de la traductora, pues cambia “Cubas” por “Cuevas”) y en RBA coleccionables, Barcelona, 2017. En el año 2001 la editorial Espasa Calpe

publica en Barcelona dentro de su conocida colección Austral Humanidades la traducción de Alfonso Cuatrecasas, siendo reimpressa en 2010. Por último, Alianza Editorial en 2010 publica en Madrid la traducción de David Castro de Castro, con introducción y notas a cargo del mismo.

JUAN-JOSÉ MARCOS GARCÍA
juanjmarcos@gmail.com
Plasencia. España
5-Octubre-2019



Fin de la edición promocional